

ELENA CASADO APARICIO Y FERNANDO J. GARCÍA SELGAS |
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Dinámicas de malos tratos

Por sorprendente que resulte a primera vista, el deseo declarado de erradicar el maltrato que algunos varones ejercen hoy sobre sus parejas o exparejas puede dejarnos mal pertrechados a la hora de entender las dinámicas en que se gesta. Algunas de ellas conectan con otras formas de violencia ejercida por varones sobre mujeres en tanto que tales (de la violación al acoso); pero, si bien el género es fundamental a la hora de entender este problema, no es, sin embargo, suficiente. De entrada no es en absoluto baladí el que se produzca en una relación afectiva como es la de pareja, atravesada por potentes dinámicas entrelazadas de dependencias y reconocimientos; de ahí la importancia de atender específicamente a ese vínculo y, por extensión, a la intimidad y al ámbito familiar, donde, dicho sea de paso, se producen otras violencias ejercidas por varones y mujeres con especial incidencia sobre menores, mayores o, en general, personas consideradas dependientes¹.

Por todo ello, a la hora de afinar el diagnóstico y contribuir, efectivamente, a la deslegitimación del uso de la fuerza en relaciones interpersonales se hace necesario poner en cuestión ciertos presupuestos. Con este fin vamos a analizar algunas de las implicaciones de las representaciones contemporáneas del tipo de violencia que nos ocupa.

La caricatura del maltratador

En los últimos años se ha convertido en lugar común referirse a la violencia de género, y en concreto a los malos tratos, como lacra. El término según el DRAE remite, en su primera acepción a la "secuela o señal de

una enfermedad o achaque", en la segunda al "vicio físico o moral que marca a quien lo tiene" y, en la tercera, propia de Cuba, Uruguay y Venezuela, a la "persona depravada". La gradación entre las acepciones es significativa con respecto a lo que hoy damos por sentado: la violencia es la marca dejada por una patología en retroceso (los valores sexistas, el autoritarismo o la dominación patriarcal) que, sin embargo, sigue activa entre quienes resultaron especialmente aquejados por ella, esto es, aquellos varones decididamente machistas e incapaces de asumir las transformaciones habidas en las relaciones de género y, también, de pareja, familiares y, en última instancia, sociales.

Sin embargo, dado que las enfermedades dejan siempre menos huellas en quienes disfrutan de mejores condiciones para prevenirlas y afrontarlas —lo que nos lleva a imaginar al maltratador, casi automáticamente, como un varón con escasos estudios, recursos materiales y habilidades comunicati-

vas y emocionales cuya amenaza puede aumentar en tiempos de crisis y desempleo—, puede parecer paradójico que se afirme simultáneamente la inexistencia de perfiles específicos. Así lo resuelve por ejemplo Miguel Lorente Acosta: "Si tuviéramos que definir un perfil que pudiera recoger al agresor en todas sus manifestaciones, éste vendría dado por tres características fundamentales: hombre, varón, de sexo masculino. No hay perfil, se trata de un perfil elástico y maleable que puede adoptar cualquier forma sin que se modifique su esencia"².

Esa esencia parece ser la que la lacra recuerda y señala: la dominación masculina que el maltratador encarna en su pretensión de volver a un pasado ya superado por todos menos por él y que le otorgaba una

“ La objetivación de la caricatura del maltratador produce tal distancia entre él —con su esencia— y el resto de la sociedad que paradójicamente las campañas de sensibilización pierden parte de su sentido

“ La imagen del maltratador calculador, dominante, anticuado y autoritario, que desde su simpleza alimenta además no pocas resistencias, se convierte en contraproducente

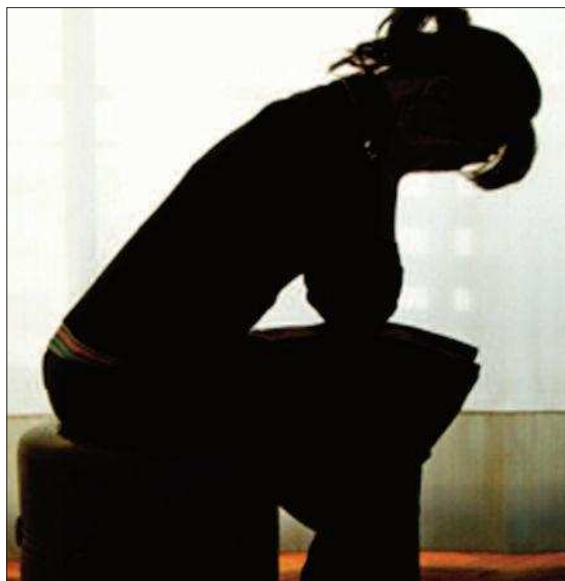
posición de dominio. Señalado el culpable, donde el dedo acusador conecta con una tradición feminista clave para visibilizar el problema, el siguiente paso es sacar "tarjeta roja al maltratador", como reza el eslogan de una reciente campaña institucional.

Si el maltratador puede ser aislado y expulsado del campo de juego es porque se asume, como se dice explícitamente en la justificación de la campaña citada³, que la sociedad ya ha sido capaz de amoldarse a los nuevos aires dejando atrás comportamientos y valores caducos. Así toma cuerpo la idea de que si bien todos experimentamos cierta conflictividad en los ajustes prácticos que las transformaciones en las relaciones de género, pareja, familiares y sociales requieren, es posible encauzarla adecuadamente mediante el compromiso con los valores democráticos igualitaristas que caracterizarían a las denominadas parejas asociativas o consensuales. Todo ello, contando con el buen talante de las partes y desde la racionalidad, como si ésta fuera suficiente para explicar nuestros avatares.

Estas asunciones conllevan al menos dos problemas fundamentales. Por un lado, y en términos más pragmáticos, pueden ponernos en serias dificultades para identificar a nuestro alrededor situaciones de maltrato que no se correspondan con la imagen del maltratador machista y autoritario. La objetivación de la caricatura del maltratador produce tal distancia entre él —con su esencia— y el resto de la sociedad que paradójicamente las campañas de sensibilización pierden parte de su sentido: se apela a nuestro compromiso cívico para solidarizarnos con las víctimas y rechazar al maltratador, pero dificultan que nos imaginemos sufriendo o ejerciendo violencia pues es una lacra que nos es ajena⁴.

Pero además, quienes ya se encuentran en una situación comprometida también pueden distanciarse de su identificación como violenta, lo que a su vez, desde el desconcierto, puede dificultar el salir de ella. Porque, efectivamente, los varones que ejercen o han ejercido malos tratos contra sus parejas no suelen ser hoy, a juzgar por nuestras investigaciones, como el retrato los presenta. Pueden defender valores igualitaristas, pueden apostar por relaciones de pareja "modernas", pueden condenar toda forma de violencia y, aún así, llegar a ejercerla. La razón, y aquí está la clave, es que ni somos seres exclusivamente racionales ni estamos ante una cuestión de esencias, sino de dinámicas, de procesos.

Como hemos argumentado en otro lugar⁵ tales procesos pueden desequilibrar de modos diversos las dinámicas de dependencia y reconocimiento, a las que entramos ya como varones y mujeres; dinámicas que,



“ Pareciera que bastase con modificar las creencias y valores tradicionales para que la estructura social se acoplara sin estridencias a los nuevos tiempos

“ No es una cuestión individual sino social. Producimos género. Basta atender, por ejemplo, a los datos sobre usos del tiempo, sobre cuidados en el ámbito familiar, o a la situación de hombres y mujeres en el mercado laboral

cuando afectan de manera profunda al sentido del yo, dan lugar a complejos itinerarios posibles de restitución de éste, entre los que se encuentra el recurso a la violencia sobre quien se percibe responsable, directa o indirectamente, de un malestar que se hace insoportable. Así pues, la imagen del maltratador calculador, dominante, anticuado y autoritario, que desde su simpleza alimenta además no pocas resistencias, se convierte en contraproducente.

No es una cuestión individual sino social

Por otro lado, la caracterización de los malos tratos como lacra evacua tanto los debates e intervenciones en torno a la desigualdad como la materialidad de las relaciones sociales. En otras palabras, el acento puesto en los valores sexistas o machistas que se presupone subyacen a este tipo de violencia opera en detrimento de la consideración de los elementos más estructurales y materiales que reproducen las posiciones de género y las desigualdades y privilegios a ellas vinculados.

Pareciera, pues, que bastase con modificar las cre-

encias y valores tradicionales para que la estructura social se acoplara sin estridencias a los nuevos tiempos. Ya no sólo es que la violencia se presente como huella de un pasado de dominación y control patriarcal que recurría a su ejercicio cuando la autoridad no bastaba, sino que la desigualdad en la que esa violencia hace pie se diluye en la confianza en un progreso lineal, donde las relaciones de género dejan aparentemente de ser problemáticas e incluso significativas.

En suma, las desigualdades de género se desdibujan, quedando sin atender cómo se rearticulan en la actualidad los procesos de diferenciación que les subyacen y las vinculan con otras dicotomías como la que separa lo público y lo privado. No es una cuestión individual sino social. Producimos género. Basta atender, por ejemplo, a los datos sobre usos del tiempo, sobre cuidados en el ámbito familiar, o a la situación de hombres y mujeres en el mercado laboral.

Devolver el análisis de los malos tratos a sus dinámicas concretas y contextualizadas lejos de esencias presupuestas, profundizar en las complejas relaciones entre violencia y desigualdad (simbólico-material) – que no cabe reducir sin más a lo instrumental, donde

quien la ejerce lo hace desde la racionalidad y el control y quien la sufre lo hace desde la inacción y la sumisión–, y ubicarla en relación con otras violencias y desgobiernos del yo en el mundo contemporáneo son tareas necesarias para dar cuenta hoy de un problema que, con las prisas por inmovilizarlo, se nos puede estar escapando entre los dedos. <

NOTAS

¹ Es este un buen ejemplo de las resistencias que oponen los problemas sociales a ser reducidos a narrativas unicasales –como la dominación patriarcal–, unidireccionales –qué mejor ejemplo que la noción de progreso– y deslocalizadas, esto es, válidas para todo tiempo, lugar y circunstancia.

² Lorente Acosta, M. (2004). *El rompecabezas. Anatomía de un maltratador*. Barcelona, Ares y Mares.

³ Véase http://www.sacatarjetoja.es/?page_id=32.

⁴ La distinción entre maltrato y la normalidad se extrema de tal forma que cancela las preguntas sobre qué significa tratarse bien (o mal) en las relaciones afectivas. En esta línea cabe destacar el programa “Por los buenos tratos” impulsado por la ONG Acciónred cuyos planteamientos pueden consultarse en <http://www.porlosbuenostratos.org/>.

⁵ García Selgas, F.J. y Casado Aparicio, E. (2010), *Violencia en la pareja: Género y vínculo*. Madrid, Talasa.



LIBROS FUNDACIÓN 1º MAYO

WWW.1MAYO.CCOO.ES

Un análisis crítico del orden económico actual

El número 48 de la colección Estudios de la Fundación 1º de Mayo recoge el trabajo de Bruno Estrada y Juan Laborda, en el que se analiza la situación del orden económico actual y se realizan algunas propuestas alternativas a la crisis de visión del pensamiento económico dominante.

La actual crisis económica global es de naturaleza sistémica, y presenta una serie de rasgos comunes a otros episodios de crisis similares que se han dado en la historia. Por encima de todos ellos, destaca el perverso papel que jugó el sistema financiero, que se convirtió en sí mismo en un fin último de la economía, y no en un medio para mejorar el sistema productivo. A modo de ejemplo, los flujos financieros en los períodos previos a la actual crisis económica eran en volumen, medidos en unidades monetarias, 20 veces superiores al tamaño de los flujos comerciales, produciéndose un sobreendeudamiento-apalancamiento de la economía en su conjunto. El mayor peso del sistema financiero en la economía, se suele producir en períodos donde los principios neoliberales y el “laissez-faire, laissez-passer” constituyen la ideología dominante, de manera que se deja que el sistema financiero, y especialmente el comportamiento de los mercados financieros y del sistema bancario, se autorregule por normas de buen comportamiento. Teniendo en cuenta que el comportamiento de los mercados se guía por el miedo y la avaricia, y no por la racionalidad de los inversores, estas fases suelen acabar en inflaciones de activos y endeudamientos privados descomunales, de manera que cuando se desploma el precios de los activos colaterales que soportan el endeudamiento, se produce una brutal caída de la riqueza, un descenso de la renta, un aumento del desempleo, un aumento de las quiebras de entidades privadas y públicas, incluidos Estados, posteriores períodos deflacionistas, o hiperinflacionistas, y depreciaciones de divisas.